

—¡Oh! exclamó: todo se vuelve contra mí, los cielos y la tierra: ¡ah! los muertos salen de sus sepulcros y me persiguen: el conde don Lope Diaz, mi suegro, sí, yo le he visto, le he sentido: ¡su brazo! ¡su horrible brazo sin mano! ¡sus ojos! ¡que centelleaban entre la sombra, se reían de una manera infernal! ¡qué quieres de mí, conde don Lope? ¡por qué me buscas? ¡por qué me persigues? ¡no he pagado solemnes sufragios por tu alma? ¡no te he vengado! ¡Ah! no he podido vengarte: una larga prision, la cólera de mi hermano, mi fuga á Africa, ¡Tarifa!..... ¡Oh! ¡Tarifa! ¡Por qué eres tú mas cruel, don Lope, que aquel niño que yo degollé delante de su padre? ¡Ah! ¡por qué pienso esto? Mi razon se va perturbando, me acosa el remordimiento; tal vez lo que he creído ver, lo que he creído sentir, no ha sido mas que un delirio de mi fantasía. Iba yo pensando en que llegaría un dia en que mi sobrino se volvería contra su madre; contra su madre, que me ha salvado tantas veces la vida, que me ha perdonado tantas veces. ¡Ah! pero la corona..... mis sobrinos los de la Cerda han sido escluidos, mi sobrino don Fernando es bastardo, el Papa no ha dispensado, no dispensará los parentescos que existian entre sus padres; Aragon y Francia se oponen á ello, un bastardo no puede ser rey, la corona de Castilla es mia, yo soy el hijo tercero del rey don Alfonso: ¡qué beneficios tengo yo que agradecer á los que me roban la corona, ni cómo he de resignarme á ser vasallo de mis vasallos? ¡por qué estas dudas, por qué estos temores, por qué estos remordimientos? ¡Ah! me voy tornando débil, voy perdiendo la cabeza; sí, sí, un delirio mio, uno de esos momentos en que no sé lo que por mí pasa. ¡Para qué tenía que buscarme el alma en pena del conde don Lope? ¡Causé yo su muerte? ¡No caí en la celada que nos prepararon á los dos? ¡Me hubiera salvado, si doña María no hubiera estado en el alcázar de Alfaro? No, no, yo no debo nada al conde, como no sea que se vuelva contra mí ofendido en nombre de su hija, por el insensato amor, por el amor mortal que siento por Zayda Fatima. ¡Ah! ¡mi cabeza! ¡mi corazon..... ¡Pero qué es esto?

El infante tembló de los piés á la cabeza.

Se habian oido pasos de hombres que se acercaban rápidamente.

Era Juan Alfonso de Benavides con los hombres del rey, con quienes habian ido al campo cerrado á decir al caballero del Aguila Roja que el rey queria hablar con él.

Detrás de Benavides venia Zayda Fatima con seis de sus escuderos.

II.

El infante, convenciéndose al fin de que los que se acercaban no eran fantasmas, sino hombres, y recordando el mensaje que se habia enviado al campo del caballero del Aguila Roja, exclamó:

—¡Ah de los que llegan! ¡sois los del rey?

—Sí, señor infante, contestó Benavides, reconociendo por la voz á don Juan.

Zayda Fatima le reconoció tambien.

—¡Oh! exclamó para sí; ese hombre.....

Y volviéndose rápidamente á Alfon Gil, su alférez, que la acompañaba, le dijo:

—Ya sabeis que el caballero del Aguila Roja tiene hecho voto de silencio para los estraños, y que se ha mandado guardar el secreto á toda la gente, só pena de cuerda; con que hablad vos por mí lo que fuere menester con ese señor infante, como habeis hablado con el caballero que ha venido de órden del rey.

—Descuidad, capitan, que así se hará, contestó Alfon Gil.

III.

A este tiempo ya habian hablado Juan Alfonso de Benavides y el príncipe don Juan, y enterado este de que venia allí el

caballero del Aguila Roja, capitan de la compañía franca del campo de los Molinos, adelantó y dijo:

—Guárdeos Dios, caballero; buenas noches; el rey nuestro señor se encuentra por accidente fuera de Valladolid; no quiere llamar á sus puertas dando su nombre, y ha pensado pasar la noche en vuestro campo. Qué, ¿no contestais? añadió despues de un momento de silencio, en que habia esperado en vano la respuesta de Zayda Fatima.

—Señor infante, dijo Alfon Gil: no estrañeis que mi capitan no os conteste, porque tiene hecho á Dios solemne voto de silencio.

—¡Ah! sí, es verdad, dijo el infante; me habia olvidado ya de la estraña circunstancia de que uno de vuestros capitanes es mudo, y de que el otro no tiene nombre: pero si sois vos el encargado de llevar la palabra, hablad.

—Señor infante, contestó Alfon Gil: de esto, poco hay que hablar, porque dicho se está que el rey puede disponer de todo lo que es de sus vasallos: puede, pues, adelantar su señoría, que para hacerle homenaje y resguardarle viene mi capitan mudo con algunos hombres de armas.

—¿Y vuestro capitan Sin nombre? dijo el infante.

—Anda fuera del campo, señor, contestó Alfon Gil.

—Y es el caso, dijo don Juan, que el rey se ha apartado de mí y que no sé por dónde anda.

—Y bien, contestó Alfon Gil; vuestra merced haga lo que le parezca.

—Paréceme, dijo el infante, que lo mejor seria que saliesen del campo gentes con antorchas á buscar al rey.

—En buen hora, contestó Alfon Gil; y para ello dénos su merced licencia á mi capitan y á mí para que al campo volvamos.

—Id, y cuanto antes, salid con las antorchas; aquí esperamos para buscar, cuando volvais, á su señoría.

IV.

Zayda Fatima, su alférez y los soldados que la acompañaban, se volvieron al campo.

Zayda Fatima entró en la gran tienda que habia en el centro.

En ella, entre sus dueñas, estaba la desconsolada doña Juana Nuñez de Lara.

Desconsolada, porque la aventura en que se encontraba la contrariaba demasiado, se veia obligada á pasar la noche fuera de su casa, espuesta á que la llamase la reina, á que la visitase cualquiera de sus altos amigos, y se supiese que se habia perdido.

Zayda Fatima se acercó á ella y la dijo:

—El rey viene á pasar la noche como vos en mi campo, y es necesario que no os vea en él; yo no autorizo ni puedo autorizar estos amores criminales; hacedme tambien la merced de no revelar á nadie que me habeis oido la voz: se ha dicho á la reina, al rey, á los servidores que acompañaban á sus señorías, que yo tengo hecho voto solemne de silencio; no quiero que se sepa que tal voto no existe: callad, ó me tendreis vuestro enemigo.

—¡Oh! callaré cuanto querais, señor mio, dijo la Palomilla, que tomando por un mancebo á Zayda Fatima, se habia sentido súbitamente inflamada por él.

Esto quiere decir que doña Juana Nuñez de Lara no conocia á Zayda Fatima, porque habia andado ausente de la córte en sus tierras, ó acompañando en sus espediciones á su marido, en el tiempo que Zayda Fatima habia estado en ella.

V.

Zayda Fatima hizo que Alfon Gil condujese á doña Juana, á sus dueñas y á sus criados á su tienda, que como alférez de la

compañía la tenía superior á las otras, y que pusiese en ella guardia para que nadie entrase ni saliese.

En cuanto al músico, esto es, al infante don Pedro de Aragon con sus escuderos, y Alvaro de Estúñiga con los suyos, se les habia encerrado en distintas tiendas y puéstoseles guardia.

VI.

Zayda Fatima, enmascarada, acompañada de Alfon Gil y de treinta escuderos con antorchas, salió del campo y se dirigió adonde habia dejado al infante don Juan, á quien encontró con Benavides, y seis de los hombres que habian escoltado al rey.

A la luz de las antorchas, el infante don Juan examinó profundamente á Zayda Fatima, ¿quién era, quién podia ser aquel caballero que servia á la reina y de tal manera se encubria, teniendo por compañero en el mando de su gente á otro encubierto, del cual no se conocia ni aun el nombre?

Este mismo tenaz incógnito demostraba que aquellos caballeros que de tal modo se encubrian, y que eran bastante ricos para mantener á sueldo una compañía tan fuerte y tan numerosa, y para haber levantado un tan buen campo cerrado, debian ser muy principales, muy importantes, muy conocidos, en una palabra.

El infante don Juan pasaba lista en su memoria á todos los caballeros amigos ó enemigos de la reina, que podian hacer aquello, y los encontraba repartidos acá ó allá, en Castilla, en Portugal, en Aragon ó en Francia, sin que faltase ninguno.

El infante tenia, por decirlo así, el alta y baja de todos los traidores y de todos los leales; conocia á todo el mundo; así es que se aturdia, no pudiendo descifrar el logogrifo viviente que se le presentaba en Zayda Fatima y en su compañero.

El aparecimiento de don Lope Diaz de Haro se relacionaba en la imaginacion del infante con aquellos dos caballeros incógnitos.

De improviso se le ocurrió una idea al infante don Juan; ó los de la compañía no conocian á sus capitanes, ó los conocian demasiado; en ese caso, el infante podia saberlo todo; habia reconocido á Alfon Gil.

Ya hemos dicho que Pero Rojo con su banda de aventureros habia estado al servicio del infante don Juan, cuando este se llamaba rey de Leon.

Por Alfon Gil podia saber de seguro el infante quiénes eran los dos capitanes.

VII.

—Y bien, caballero encubierto, dijo á Zayda Fatima; vamos á buscar á su señoría, que debe andar perdido por esos campos.

Zayda Fatima hizo con la mano derecha y con la cabeza la señal de adelante, y se pusieron en marcha por un caminejo de atravesía que conducia desde el campo cerrado de la compañía franca, al arrabal de los Molinos.

Cuando hubieron adelantado algun espacio, Zayda Fatima se detuvo, se llevó su bocina á los labios, y dejó oír un toque particular de llamada.

—Ya que por vuestro voto no podeis hablar, dijo el infante, hablais con vuestra bocina.

Zayda Fatima hizo con la cabeza una señal afirmativa. —Así se entiende el capitan con nosotros, dijo Alfon Gil; así nos manda; atentos á su bocina, avanzamos ó retrocedemos, acometemos ó nos retiramos; bajo su bocina, hacemos todos los movimientos militares; cuando necesita comunicarnos otras órdenes, nos las da por escrito; es decir: me las da á mí, que soy su alférez, y yo las hago cumplir.

—De modo que vos, dijo el infante, dirigiéndose á Zayda Fatima, reducís vuestro voto á que no se os oiga la voz?

Zayda Fatima hizo con la cabeza una señal afirmativa.
—Debeis, pues, ser muy conocido en la córte, y debe importaros en gran manera el que no os conozcan.

Hizo Zayda Fatima una señal negativa.
—¿Qué es, pues, esto?
Zayda Fatima levantó la cabeza y la mano al cielo, como diciendo:

—Lo quiere Dios.
—¿Y quiere tambien Dios, dijo el infante comprendiendo la intencion de Zayda Fatima, que vuestro compañero en mando se llame el caballero Sin nombre?

—Sí, afirmó con la cabeza Zayda Fatima.

—Estos misterios arguyen mal, dijo severamente el infante.

Zayda Fatima hizo una enérgica señal afirmativa con la mano y con la cabeza, y luego llevó bravamente como en señal de quien arroja un mentís y está pronto á sostenerlo con las armas, la mano á la empuñadura de su espada.

—Perdonad, no he querido ofenderos, contestó el infante.

Zayda Fatima saludó como satisfaciéndose de la esplicacion que se le habia dado.

VIII.
—Ya que por vuestro voto no podéis hablar, dijo el infante.

A este punto sobrevinieron de acá y de allá algunos ballesteros perfectamente armados que habian acudido al toque de llamada de Zayda Fatima.

Eran los escuchas nocturnos esparcidos fuera del campo cerrado.

Zayda Fatima ordenó por señas á Alfon Gil interrogase á los ballesteros.

—¿Habeis visto, dijo á estos Alfon Gil, á un caballero acompañado de algunos hombres?

—Allá, hácia la Enramadilla, hemos visto pasar hace poco algunos bultos, dijo uno de los ballesteros; pero no sabemos si son caballeros ó no.

A este tiempo, uno de los escuchas que estaba algo avanzado de los otros, lanzó un vigoroso ¿quién va?

—El rey, contestó á poca distancia una voz enérgica; la voz del mismo don Fernando.